

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL COMERCIO

WT/MIN(96)/ST/81

11 de diciembre de 1996

(96-5235)

CONFERENCIA MINISTERIAL
Singapur, 9-13 de diciembre de 1996

Original: inglés

NACIONES UNIDAS/CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE COMERCIO Y DESARROLLO (UNCTAD)

Declaración del Sr. Rubens Ricupero
Secretario General de la UNCTAD

(también en nombre del Secretario General de las Naciones Unidas,
Dr. Boutros Boutros-Ghali, como observador)

Tomo la palabra en nombre del Dr. Boutros Boutros-Ghali, Secretario General de las Naciones Unidas, y en representación de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, UNCTAD. Tengo el honor de dirigirme a esta primera Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio, en Singapur - ejemplo notable de progreso y desarrollo y nacida del trabajo arduo, el espíritu de empresa y el compromiso indeclinable para con el libre comercio.

Permítaseme en primer lugar leer un breve mensaje del Dr. Boutros-Ghali a la Conferencia.¹

La mejor receta para esta Conferencia la ofreció nuestro propio Presidente. Hace 10 meses, en Brisbane, el Sr. Ministro Yeo dijo algo que sigue siendo igualmente válido hoy. Consolidación, equilibrio y progreso son los tres elementos que esta reunión debe tratar de reconciliar y conseguir. El equilibrio es un ingrediente esencial de los otros dos elementos y por consiguiente debe estar presente en la consolidación y en el progreso.

Puede preguntarse: ¿cómo es posible buscar el equilibrio en una cuestión como el comercio, cuya esencia misma es la competencia - juego en el que inevitablemente unos ganarán más que otros? Como la globalización tiene por objeto llegar a la unificación de los mercados a nivel planetario, la pregunta se ha hecho especialmente acuciante. Después de todo, la unificación de los mercados supone la supresión de las barreras nacionales y regionales y de la protección que éstas procuran a los sectores débiles. La consecuencia de ello sólo puede ser una competencia exacerbada.

La competencia es el corazón palpitante del organismo, que bombea la sangre a todo el sistema. Pero, como he dicho, es también un juego. Y como cualquier otro juego debe tener reglas y árbitros. La Ronda Uruguay nos dejó el conjunto más impresionante de reglas que jamás se ha redactado. La Ronda nos dejó también un árbitro fuerte para hacerlas respetar - la Organización Mundial del Comercio. Sin embargo, como en todos los campos del quehacer humano, el esfuerzo no llegó a igualar al ideal.

¹El mensaje enviado a la Conferencia por el Dr. Boutros-Ghali, Secretario General de las Naciones Unidas, se reproduce con la signatura WT/MIN(96)/ST/82.

Hablando de las reglas, tres tareas principales merecen atención prioritaria al tratar de conformar el futuro sistema de comercio. Son las siguientes:

- es necesario definir las fronteras naturales del sistema de comercio en una economía mundializada;
- es necesario aumentar el grado de universalidad de la OMC y la gestión del proceso de adopción de decisiones en el sistema de comercio; y
- es necesario conseguir lo antes posible la plena integración de los países en desarrollo, y especialmente los menos adelantados de ellos, en el sistema de comercio.

La primera tarea se basa en la percepción de que las diferencias de las políticas nacionales pueden crear ventajas no equitativas que deben frenarse ampliando a nuevos sectores las llamadas "fronteras" del sistema de comercio.

El propio éxito de la Ronda Uruguay ha dado lugar a presiones para que se utilice la OMC como instrumento para tratar de conseguir objetivos no comerciales; en pocas palabras, como poderoso mecanismo de gobernanza mundial. Este planteamiento puede desestabilizar el equilibrio de los derechos y obligaciones basado en la reciprocidad y en las ventajas mutuas, que es cimiento del sistema.

Por este motivo, cualquier posible expansión de esas "fronteras" comerciales debe ser resultado de una decisión consciente de la comunidad internacional en su conjunto, tras haber examinado cuidadosamente dos grandes preocupaciones. La primera es la medida en que debe haber un equilibrio entre la movilidad de las mercancías, los servicios, el capital y el trabajo.

Otra preocupación guarda relación directa con el problema que plantea la mundialización. Más pronto o más tarde tendremos que hacernos la pregunta de si algunos de los instrumentos comerciales tradicionales siguen siendo pertinentes en una economía mundializada cuando la producción está dispersa entre muchos países y ha dejado de ser un proceso principalmente nacional.

Al mismo tiempo, será necesario buscar la coherencia entre las exigencias de una mayor liberalización de los mercados en todo el mundo y la creencia de algunos sectores de que la competencia debe limitarse siempre que ponga en peligro valores sociales más elevados, tales como derechos fundamentales humanos y del trabajo o la protección del medio ambiente. Si éstos son aceptables, ¿qué otros valores comúnmente compartidos deben también protegerse?

La segunda tarea que se nos presenta es acelerar el proceso de adhesión a la OMC de numerosos países que antes eran economías de planificación central y de países exportadores de petróleo, países menos adelantados y pequeños países insulares en desarrollo. Aquí la dificultad será doble. Primera, en un marco temporal razonable equilibrar la observancia necesariamente rigurosa de las disciplinas con un grado de flexibilidad y comprensión de las dificultades y limitaciones a que hacen frente estos países. Segunda, prepararse a mejorar la transparencia y la capacidad de los Estados Miembros para participar en el proceso de adopción de decisiones. Después de todo, es de esperar que en un futuro no muy distante, participen en el proceso quizás 150 países, entre ellos algunos tan enormes como China y Rusia.

Pero la verdadera prueba para la OMC será concentrarse en los asuntos inacabados de la integración de todos los países en desarrollo en el sistema de comercio mundial. Los resultados conseguidos hasta ahora en la realización parcial de esta meta ponen de relieve los enormes beneficios potenciales para la economía internacional que quedan aún por aprovechar.

En los cinco últimos años, el volumen de las importaciones de Asia ha aumentado a un ritmo (más del 60 por ciento) superior al de las exportaciones de la región. Si esa tasa de crecimiento de las importaciones continúa en los cuatro próximos años, la expansión de las importaciones realizadas por las 10 principales economías asiáticas podrá igualar a la de los Estados Unidos y la Unión Europea combinadas. Y aún más importante es el hecho de que el crecimiento económico y el aumento de las importaciones de Asia se han generado en gran medida a nivel interno. A diferencia de lo que sucedía en el pasado, ya no es tan dependiente de los interlocutores industriales de la región, algunos de los cuales han atravesado una recesión o han tenido una débil demanda de importaciones.

Esto sugiere que al examinar las perspectivas de la demanda exterior no hay que centrarse únicamente en lo que está sucediendo en los países industriales. En el futuro, es probable que la demanda adicional generada por las exportaciones hacia los países en desarrollo de Asia y hacia otros países en desarrollo sea más importante para los Estados Unidos, la Unión Europea o el Japón, por separado, que todo lo demás que consigan los otros miembros de la tríada.

Si estos beneficios impresionantes fueron el resultado de acontecimientos recientes en menos de 20 países, no es difícil imaginar las posibilidades casi ilimitadas que se concretizarían si fuéramos capaces de integrar plenamente en el sistema de comercio mundial a las más de 100 economías que hoy están marginalizadas.

Por supuesto, en el caso de este último grupo las dificultades son más complejas que en el de los países en desarrollo más avanzados. Se enfrentan a los mismos problemas que los demás, de acceso a los mercados y de competitividad inadecuada. Pero sobre todo están impedidos por una base productiva sumamente estrecha y una capacidad de suministro limitada, que a menudo sigue dependiendo de la exportación de uno o dos productos. Ayudar a los países en desarrollo, especialmente a los menos adelantados de ellos, a integrarse efectivamente en el sistema de comercio mundial es la función que la comunidad internacional encomendó a la UNCTAD este año en Sudáfrica.

Al diseñar la que se ha llamado "una asociación para el desarrollo" en la UNCTAD IX, nuestros 188 Estados miembros nos proporcionaron una sólida base para una cooperación constructiva con la OMC. Esta cooperación ya ha comenzado a dar frutos, en África y en otras partes. Por mencionar sólo los sectores de competencias en los que la UNCTAD ha disfrutado tradicionalmente de una ventaja comparativa, una gran parte de nuestro programa es directamente pertinente para el trabajo de la OMC y lo refuerza.

Así pues, la vocación básica de la UNCTAD sigue siendo la misma: trabajar por un sistema de comercio que promueva el desarrollo equitativo y sostenible.

Es especialmente sorprendente que en un momento en el que, como dice el Proyecto de Declaración Ministerial, hay "oportunidades sin precedentes" de un mayor crecimiento, creación de puestos de trabajo y desarrollo, predomine en una parte tan grande de la población mundial un sentimiento de ansiedad y temor del futuro. La OMC, el sistema de las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales competentes deben trabajar para que disminuya la incertidumbre y la inseguridad en una economía que se mundializa y liberaliza.

Para conseguir esta meta, la integración plena y equitativa de los países en desarrollo en la economía y en el sistema de comercio mundiales no forma parte del problema que aflige a las "clases inquietas" en todo el mundo. Al contrario, esa integración es parte esencial de la solución. En realidad es la mejor perspectiva a corto plazo para generar motivos sólidos y creíbles de esperanza en el futuro.